
LER MUITO PRAZER

Lectura, escritura e intimidad

ANTONI MARI

La lectura es una actividad que pone en movimiento todas nuestras facultades, las intelectuales y las sensibles, y nos permite crear las realidades y los acontecimientos que se narran y las ideas que se exponen. Por la lectura accedemos a un mundo que no es el nuestro, pero que reconocemos como propio porque acontece en el seno de nuestra intimidad. La lectura es un acontecimiento íntimo y solitario en el que ninguna presencia de la realidad se interpone entre el lector y el libro. En la lectura el lector asiste y vive unos sucesos que sólo pasan en el cerco de su intimidad. Lo que es íntimo es lo que tiene de incomunicable la existencia y la experiencia individual.

La intimidad es la particularidad específica de aquello nuestro que parece que se mantenga en el umbral de la conciencia sin atreverse a pasar el dintel. El espacio de la intimidad está formado por las percepciones y las sensaciones que provoca el mundo de fuera, por los sentimientos que suscita y por los recuerdos y las ideas que procura. La intimidad representa la vida interior y privada y, por extensión, la atmósfera que favorece su expansión. Este espacio cerrado, preservado del mundo, es un mundo construido por las sensaciones y los recuerdos que van acumulándose y mezclándose en un magma informe, donde lo que se piensa, se siente y se recuerda construyen una imagen de la realidad que, a pesar de ser suscitada por las sensaciones del mundo, es creada por el libre juego de la memoria y de las facultades sensibles e intelectuales.

Agustín de Hipona describe la intimidad de esta manera:

Llego a los dominios del alma y a los amplios palacios de la memoria, donde están los tesoros de las innumrables imágenes aportadas por las percepciones polimorfos de los sentidos. Allí están guardadas todas las representaciones que han captado nuestros sentidos y todos los otros datos

que están depositados allí, en la medida en que no los haya absorbido y enterrado el olvido [...].

La intimidad es, como dice Agustín de Hipona, el espacio donde uno recibe noticia del mundo y donde se crea la imagen de la realidad. Es con la ayuda de nuestros sentidos y de nuestras facultades como la intimidad construye las imágenes de las cosas percibidas. La experiencia de la realidad sensible y la experiencia de la realidad que nos es descrita en los libros entran en el amplio palacio de la memoria, porque las dos han sido captadas por nuestros sentidos. Pero a menudo sucede que cuando nuestra intimidad se ve conmovida por la experiencia de la realidad que ofrece la lectura, la imagen de la realidad en la que vivimos parece desvanecerse, retirarse y casi olvidarse frente a esa otra realidad que emerge de los libros y de la palabra escrita.

Por medio de la lectura podemos conocer realidades ajenas, vivir experiencias que no hemos tenido, conocer intimidades más profundamente que la nuestra; y creer que la vida y el orden de las cosas podría ser de otra manera de como fueron. La lectura es un acto íntimo que nos acerca y nos da a conocer otra intimidad y el secreto que ella guarda. Con la lectura la intimidad del lector se identifica y se corresponde con la intimidad del escritor en el acto de la escritura. Es lo que dice Marcel Proust en *Le Temps Retrouvé*:

Únicamente por el arte podemos salir de nosotros mismos, saber lo que otro ve, de este universo que no es el mismo que el nuestro, cuyos paisajes habrían continuado siendo para nosotros tan desconocidos como los que puede haber en la luna. Gracias al arte, en lugar de ver un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, y tenemos tantos mundos a nuestra disposición como artistas originales hay, más diferentes los unos de los otros que los que giran en el infinito.

Por el arte de la literatura podemos acceder a otros modos de representarnos el mundo, diferentes del nuestro; podemos entrar en el secreto de otras intimidades y ampliar el dominio de la nuestra, considerar el mundo desde un punto de vista que, hasta el momento de la lectura, nos era desconocido y conocer tantos mundos como escritores hayan expresado su intimidad con la escritura. El lenguaje surge de la necesidad de expresar la intimidad que se recoge detrás de las percepciones, las sensaciones y los sentimientos de un modo caótico y pulsional. Es la expresión la que hace posible que la intimidad, aquel mundo caótico, pulsional, sin vida lógica, llegue a ser, gracias al lenguaje, ordenado, racional y comprensible. Gracias al lenguaje la realidad personal escapa del caos para cristalizarse bajo la forma sólida e inteligible de la pala-

bra. El lenguaje fija, ordena, expresa y comunica aquello que distingue a cada uno en su diferencia específica, lo que le hace ser el que es.

El modo de expresión de la intimidad habría de ser un lenguaje instintivo, perentorio, como el lenguaje del loco, del místico, del borracho o del poeta. Lenguajes que no se avienen a la convención de la retórica impuesta. Sin embargo, la expresión de nuestra intimidad, mediante el lenguaje, hace posible que podamos entender nuestro yo, y darlo a entender. La expresión se manifiesta en primer lugar a la misma persona que se expresa, y, en segundo lugar, a cualquiera que la pueda entender. Si lo que se quiere es expresar las emociones inteligiblemente, uno ha de expresarlas de tal manera que sean inteligibles para uno mismo: hasta que alguien no ha expresado su emoción, no sabe de qué emoción se trata. El acto de expresar la intimidad es, pues, una exploración de la propia intimidad, de las propias emociones, sensaciones y percepciones, por el que se trata de saber cuáles son y cual es su naturaleza. La expresión de la intimidad nos hace conscientes de ella, nos permite conocernos, hacernos comprensibles a nosotros mismos y a los otros; nos hace conscientes de nuestra singularidad, y de la peculiaridad de nuestra expresión.

La intimidad, lo instintivo e incommunicable de la existencia, de la experiencia individual, se transforma, por la expresión del lenguaje literario, en una forma que ordena el mundo del instinto, bajo la forma del pensamiento expresable, para comunicar el mundo interior con el mundo exterior en un lenguaje que, desde el momento en que se pronuncia, deja de ser íntimo para ser público y común. El efecto de la escritura es el de poder evocar y expresar a los lectores, en los estrictos términos del lenguaje, la intimidad del yo y mostrar el coloquio singular donde cada uno, el escritor y el lector, se encuentra consigo mismo, en un monólogo interior, uno expresándose, el otro interpretándose. La expresión del yo a través del lenguaje literario es la voluntad de sentir como lógico lo que por su origen y naturaleza es impulsivo, irreflexivo y caótico y, de esta manera, comunicarlo al lector. La intimidad, a la que el lenguaje ha dado nombre, incluso existencia, emerge, pues, no sólo como una interpretación del caos de la inconsciencia, sino que nos muestra, también, el íntimo movimiento de las facultades de crear y de conocer del escritor y del lector. La intimidad es una ficción, una invención de la imaginación, una creación nuestra; lo que no es ficción es el impulso que la ha creado: es decir la capacidad de construcción, de creación y de interpretación que tiene el lenguaje literario.

La lectura es, en este sentido, un camino privilegiado de acceso a la propia intimidad. Es un aprendizaje, no únicamente de uno mismo, sino también de la realidad y del sentido de la realidad. Un apren-

dizaje del mundo y del sentido del mundo. Un camino que se abre gracias a la expresión de la intimidad del autor que ha despertado la del lector. Proust también dice en la *Recherche*:

Cada lector es cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que le ofrece al lector discernir lo que, sin este libro, no habría podido ver en sí mismo [...]

Si el libro es la expresión de la intimidad – la intimidad entendida como aquello propio que da sentido a la realidad – cuando el lector lee, interpreta su propia intimidad y el sentido de la realidad que esta intimidad le descubre. El libro es casi como un instrumento que ayuda a ver mejor aquello que desconocemos de nosotros mismos o que habíamos olvidado, o que se perdió entre los pliegues de la memoria y que nunca hubiéramos podido recordar o reconocer sin la ayuda de aquel libro que nos ha abierto el sentido del mundo y de nosotros mismos.

Por todo ello podríamos decir que cada uno nos hemos creado lo más íntimo de nosotros, no únicamente con la ayuda de nuestra experiencia personal de la realidad, sino también con los recursos que nos han dado todos los libros que hemos leído. Tanto la realidad de las cosas, como la realidad que hay en los libros han sido interpretadas por nosotros y, las dos, nos conforman en lo que somos. «Soy lo que he leído», escribió en una ocasión Jorge Luis Borges, y tal vez sea así, ya que cada libro nos ha ofrecido aquel punto de vista único que sobre la realidad nos ha mostrado el autor, en su estilo, que es la expresión de su intimidad.

El mundo es nuestra creación y la lectura de los libros nos ha ayudado a crearlo, a tener nuestra peculiar consideración sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Hay, ciertamente, una gran distancia entre los libros y la vida; es aquella distancia inexorable a la que hacía referencia Josep Pla, cuando decía:

Nosotros hemos leído y leemos libros. Creemos que hemos vivido porque hemos leído los libros. Los libros nos han dado la esperanza de alguna cosa. Los libros nos han sugerido la esperanza de alguna cosa [...] La vida nos dice que el mundo, los hombres, las mujeres, están hechos de una manera distinta. Los libros nos dicen que existe el amor, la gloria, la bondad, la grandeza. La vida dice que no hay nada.

Para Josep Pla no hay nada fuera de los libros. Como para Don Quijote o para Madame Bovary, no había nada en la realidad más que engaño. En los libros está la vida esencializada y es, únicamente con la ayuda de la experiencia propia, como la realidad de los libros se manifiesta más como un expansión, una ampliación y una intensificación de nuestra experiencia. Es lo que dijo en otra ocasión Proust:

La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida, por tanto, realmente vivida es la literatura; esta vida que, en cierto sentido, habita en cada instante en todos los hombres como en el artista.

Esto es posible ya que, como afirma Montaigne, «cada hombre lleva la forma completa de la humana condición». Cada uno de nosotros, escritores o lectores, sin dejar de ser lo que somos, en nuestra diferencia, somos también el otro. De esta manera el principio de identidad de la especie humana viene a compensar los efectos del principio de diversidad y la conciencia íntima del yo se ve compensada por un principio de universalidad en virtud del cual cada uno de nosotros puede ser el portavoz de todos, el espejo de todos, como decía Borges:

Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, permídneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor.

El reconocimiento del otro como uno mismo hace posible que cada conciencia individual coincida con la conciencia de pertenecer a una comunidad, más o menos espiritual, y se reconozca en esa comunidad como se reconoce en sí mismo. Reconocer al otro como sujeto sólo es posible cuando se ha alcanzado la misma condición. De aquí el doble movimiento que favorece el lenguaje literario. Un movimiento que va de dentro hacia afuera, que es la expresión de la intimidad, y otro que va de fuera adentro y que es el reconocimiento de la expresión de otra intimidad en nosotros. Si, como habíamos dicho, la lectura es un acontecimiento íntimo y solitario, también lo es la escritura. A pesar de que siempre se utiliza el lenguaje, no es lo mismo hablar con uno mismo, hablar con otro o expresar la intimidad por medio de letras trazadas sobre un papel, como en el hecho de escribir; en el que uno no se dirige a nadie y se dirige a todos. María Zambrano dice del acto de escribir:

¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo? ¿Para qué y para quién? El escritor quiere decir el secreto; lo que no puede decirse con la voz por ser demasiado verdad.

Escribir y leer son, a la vez, un retorno y un descubrimiento de la intimidad. Por ello uno escribe con toda su persona, para fijar lo que nos decimos a nosotros mismos en la soledad de nuestra intimidad y poder comunicar lo que es propio de cada persona, puesto que en la lectura se nos ha dado a conocer el mundo; un mundo que, con la ayuda de los libros, hemos podido leer en nosotros mismos.